

impreso en mí está el personaje, el hombre con una gran inteligencia natural aunque su bagaje cultural no fuera vasto, el amigo que deja huella.

Hay una célebre frase que dice: "El hombre verdaderamente libre es el que puede rechazar una invitación a comer sin excusarse". Gregorio en la época en la que yo le conocí era un hombre libre y sin ataduras. Siempre afable, pero sin estar sujeto a conformismos, los condicionamientos de formalismos, normas y dependencias sociales no le condicionaban en absoluto.



Su forma de obrar o proceder se ajustaba al personaje seguro y suficiente enmarcado en la imagen por él creada. Convencido y ajustado a las normas que él mismo se había impuesto. Vivía sólo en su casa, pero nunca padeció de soledad, desarrollaba invariablemente un programa ajustado, que él había confeccionado

previamente: "me sobran mujeres", decía. Él se declaraba no creyente, pero nunca podía faltarle una rosa a la imagen de la Virgen de Montserrat que tenía en la cabecera de su cama o bromeaba diciendo: "Nuestra virgen de La Soledad es la Secretaria de la de Montserrat". No creía, decía, pero el gran recuerdo de amor que tenía de su madre lo reflejaba con cariño en la Virgen o recordaba a "El Vaquerito", nuestro Cristo, sin vincularlo con la religión o las creencias y aún así nunca pronunció, al menos en esta época en la que yo lo traté, una frase en contra de la religión o sintió animadversión hacia lo religioso, una nueva confirmación de su singularidad.

Iba haciéndose mayor y comentábamos entre nosotros cómo iba a subsistir cuando la necesidad impuesta por las limitaciones de la edad le impidiera valerse por sí mismo y un día nos sorprendió a todos diciendo: "Me marcho a la residencia de ancianos de Torrijos". Él que se sentía libre, disponiendo de horarios y actividades se había forjado un nuevo espacio de libertad, dentro del corsé que suponía encerrarse en una residencia y lejos de su pueblo, La Puebla, pero, otra singularidad de su carácter, con la promesa de no volver e incluso no salir de la residencia encontrándose aún con facultades físicas y mentales. Se había fabricado nuevos ritos, nuevas formas de caminar, prueba de una poderosa mentalidad y de un pleno dominio de sí mismo.

Llegó la última etapa de su peregrinar por la vida y en ella se encerró en un mutismo absoluto y en una apatía casi total. "Quién no se sorprende por nada está ya muerto" (Einstein), quizá, ¿Dejó de sorprenderle la vida y estaba fabricándose un nuevo espacio de libertad más allá? Sin duda una prueba más de su particularidad.

## EN EL HOMENAJE A GREGORIO

*Dolores González Lázaro*



Gregorio Díaz Cordero, un hombre recordado y querido, uno de tantos personajes que forjaron nuestro patrimonio. Los que lo heredamos nos sentimos agradecidos.

En la revista "Crónicas" hemos decidido rendir un pequeño homenaje a Gregorio Díaz Cordero y recordar su aportación cultural a nuestro pueblo. Hombre de extraordinaria personalidad, con una sensibilidad especial para la mujer y los niños dejó impronta en nuestro acervo cultural y su vida está presente en todos los que le conocimos. Varias son las facetas en las que sobresalió y muchas serán las coincidencias a la